PILATILLO.

NOVELA ESCRITA.

—POR EL—

P. LUIS COLOMA.

—DE LA—

COMPAÑIA DE JESUS.

—EDICIÓN DE "LA DEFENSA."—

Imprenta Católica, calle de Dr. Mier, número 70.

MONTERREY, MÉX.

1893.

PILATILLO.

Pilatus autem, volens populo satisfacere..
..tradidit Jesum....
Y Pilato, queriendo contentar al pueblo..
..entregó á Jesús.
(*San Marcos, cap.* XV, *15.*)

I.

¡Qué guapo era Gabriel!.....En pié delante de su espejo, se abria la raya con un peine de concha, afanàndose por amoldar aquel bosque de cabellos rubios, algo ásperos, que se levantaban sobre su frente, formando esos artísticos remolinos, con que el gusto pagano de los griegos coronaba las estatuas de sus Adónis y sus Apolos. Vano era su intento: la naturaleza vencía siempre al arte, y aquellos rizos rebeldes se levantaban y se volvian à encrespar, como empeñados en formar un cojin al invisible *cántaro de la lechera,* que se posaba sobre aquella frente de diez y seis años, tan tersa como si jamas la hubiera cruzado un recuerdo triste; tan pura como si nunca la hu-

biese turbado la sombra de un remordimiento.....¡Pobre Gabriel!.....¡qué guapo era!.....

¡Qué alegre la expresión de sus rojos labios, que se abrian para sonreír á todo el mundo, como si no supiesen pronunciar otra palabra que la de hermano, ni otro nombre que el de Madre! ¡Qué pura la mirada de sus grandes ojos pardos, que se abrian de par en par, como las puertas de un templo, dejando ver, como aquél su santuario, su alma inocente, cándida, que aun no descubria las espinas en las flores, ni en el disco del sol las manchas!.....¡Pobre Gabriel!.....¡qué guapo era!.....

Triunfó al fin la naturaleza sobre el arte, y con un gesto de impaciencia arrojó Gabriel, sobre el mármol de su lavabo, el peine de concha: atusóse con ambas manos los conatos de bigote que ya comenzaban á brotarle;....echóse á reír, dió un salto, y pasó á otro asunto serio, importante, trascendental: iba à ponerse la corbata....¡Y qué corbata! De manifiesto se veía sobre la cama aquella prenda aun sin estrenar, de finísimo raso azul celeste, con pequeños lunares blancos. Gabriel la tomó con cariño, con respeto, con veneración casi, y pasándola en torno de su cuello, se dispuso á formar el lazo.....¡Le gustaba tanto aquella corbata, que tenía los colores de la Inmaculada, y era regalo de su madre!.....

Pronto quedó hecho el lazo, con esa soltura, ese *chic* inimitable, propio de la elegancia natural, de la elegancia genuina, que llama un autor, la nobleza de la gracia. Gabriel se

contempló en el espejo, y quedó satisfecho: los picos algo doblados del cuello dejaban ver la morbidez viril de su garganta, y hacía resaltar su blancura el raso azul de la corbata.

¡Si me viera mi madre!—pensó, ruborizándose sin saber por qué se ruborizaba, diría ¡qué guapo! ...Y si me vieran los chicos del Colegio, dirian también ¡qué elegante!....

Y sin que su amor propio le sugiriese por entónces otras ideas, ni le despertase tampoco otras aspiraciones, Gabriel giró sobre un pié, y se puso el chaleco cantando:

¡Oh María, Madre mia!
¡Oh consuelo del mortal! etc., etc.,

¡Era tan feliz!....Graduado ya de bachiller, se veia al fin estudiante en la Universidad, libre en la populosa Sevilla, dueño absoluto de un aposento en una casa de huéspedes, propietario exclusivo de un capital de veinte y cinco duros, señor de todos los fantástiscos limbos de la adolescencia, rey de todas las ilusiones de color de rosa, conquistador de todos los horizontes dorados, y libre....libre sobre todo, para salir cuando quisiera y entrar cuando fuere su gusto; para detenerse en todos los escaparates de la calle de las Sierpes, para tomar sorbetes en el Suizo todas las noches, para caracolear en un caballo alquilado camino de *las Delicias*, para pasear en barca de Triana á San Juan de Aznalfarache, para

asistir á las funciones de la Catedral, á las paradas de la Guarnición, y—¡oh dicha incomparable!—á las corridas de toros....Y los deseos de Gabriel se elevaban, como el àguila libre ya de sus cadenas, describiendo círculos inmensos en aquellas azuladas llanuras de su imaginación, sin sospechar ningun *más allá* oculto, que pudiera echar por tierra el lema de su independencia.—*¡Libertad sin temor: goces sin remordimiento!*—Porque todo aquel inmenso cúmulo de placeres, todo aquel mar sin límites de goces, había Gabriel de disfrutarlos sin la menor ofensa de Dios, cuyo santo temor creia sentir más vivo que nunca dentro del pecho; sin el más mínimo disgusto de su madre, cuya dicha era por repercusión su propia dicha; sin desdecir en nada el decoro de su nombre, tan honrado por él mismo con notas de sobresaliente, con premios de buena conducta, con la misma corona imperial, que por elección unànime había adornado sus sienes, durante los seis años de su permanencia en el Colegio de los Jesuitas.....¡Imposible era que la Universidad trocase en *Augústulo*, al Gabriel que tantas veces habían proclamado los Padres del Colegio, con el glorioso nombre de *Augusto!*

¡Con qué gratitud tan profunda recordaba Gabriel á aquellos buenos Padres, que tanto le habían amado y tanto bien habìan hecho a su alma! ¡Con qué buena voluntad había compartido su tiempo, según las instrucciones de ellos recibidas, entre sus estudios, sus ejercicios de piedad y sus horas de recreo y esparcimiento! ¡Con qué candorosa sencillez decía todas las noches, al arrodillarse ante la imàgen de la Inmaculada, cuyo congregante había sido, y era y esperaba ser hasta la muerte!

—¿Lo ves, Madre mia, como soy bueno,.... y el P. Velasco se equivoca?.....

Porque había en el Colegio un P. Velasco, un picaro padre Velasco, que era para las ilusiones de Gabriel la sombra que marca los negros contornos del desengaño; la voz del esclavo, que repetía sin cesar al triunfador romano, en medio de su triunfo: ¡Acuérdate de que eres mortal.....Llamóle un día à su cuarto, como Padre Espiritual que era del Colegio, y poniendole una mano en el hombro, le dijo con cariñosa tristeza:

—¡Gabriel!.....eres bueno y dócil.....

Y la hermosa frente de Gabriel se levantò erguida, cubierta con aquella púrpura que debió de enrojecer la de Luzbel, la primera vez que se complació en sí mismo. Más el P. Velasco no había concluido.

—Pero tu bondad,—prosiguió, es soberbia, y tu docilidad, débil....Tu soberbia te pondrá en el peligro, y tu flaqueza te hará caer en él.....Huye de los malos amigos, hijo mio; porque el *respeto humano*, será tu ruina... ¡Gabriel, acuérdate de Poncio Pilato!.....

Y Gabriel bajó la frente enrojecida esta vez, con aquella otra púrpura que debió de agol-

parse al rostro del Angel soberbio, al ver adivinados sus pensamientos. Mordiòse los labios hasta hacerse sangre, y salió del cuarto del P. Velasco, con el firme propósito de no volver nunca. Más el Padre le perseguía por donde quiera, y jamas pasaba à su lado sin decirle al oido:

—¡Pilatillo!.....¡Acuérdate de Pilato!.....

Irritado un día Gabriel le respondió bruscamente, faltándole al respeto. El P. Velasco se metió las manos en las mangas, lo miró de hito en hito, y siguió su camino sin decir palabra. Parecióle à Gabriel que llevaba los ojos llenos de làgrimas, y dió dos pasos para detenerle y pedirle perdon: contúvole, sin embargo, el amor propio herido, que cual un ácido sutil penetraba en su corazón, ahogando sus buenos impulsos.

—¡No.....caramba!—murmuró, dando una patada en el suelo. ¡Así vera que Pilatillo sabe ser firme!

Aquella noche no podía Gabriel conciliar el sueño. Poco á poco fueron apagando las luces del dormitorio, quedando al fin alumbrado solamente por algunas lámparas medio apagadas, á cuya vaga luz le parecía distinguir, cobijando aquel extenso recinto, las blancas alas del Angel del pudor, que con un dedo sobre los labios, imponía á la maldad silencio.... De repente oyó abrir con precaución la puerta de su camarilla, y entornó los ojos para fingir que dormía: vió entònces una sombra que se inclinaba sobre él; sintió primero que le

arropaban cuidadosamente en el lecho; sintió después que una mano hacía sobre su frente la señal de la cruz....Gabriel entreabió entónces los ojos, y vió al P. Velasco á su cabecera .....

Un sollozo inmenso le subió del corazón á la garganta, y quiso arrojarse á sus pies y pedirle perdón. Mas la soberbia le encadenó de nuevo, cual un grillo de hierro, y volviendo á cerrar los ojos, fingió que dormía. El P. Velasco se alejó suspirando.

Desde entonces jamàs volvió el prudente religioso á llamar á Gabriel Pilatillo. Avergonzado éste por su parte, evitaba su presencia, y sólo el día en que iba á dejar el colegio para siempre; se atrevió á presentarse en su aposento. El P. Velasco le recibió con aquella afabilidad á la vez grave y dulce que le caracterizaba: dióle cariñosamente el abrazo de despedida, y le entregó, como recuerdo suyo, una gran fotografía envuelta en un sobre, y sin duda preparada de antemano.

Gabriel rompió el sobre no bien salió del aposento, y vió entónces una magnifica reproducción del gran cuadro del Ticiano, que representa á Pilato entregando á Jesucristo al pueblo deicida. Por debajo del procónsul romano, había escrito el P. Velasco: *¡Ecce Home!* ...

Gabriel sintió un movimiento de ira que le turbaba la vista: rasgó en dos pedazos la fotografía, y fué à tirarla por un balcon abierto...

Mas se detuvo en el acto: iba en ella la imàgen de Nuestro Señor, y hubiera creido profanarla.....

II.

Gabriel miró el precioso reloj de oro que le había regalado su abuela el día en que fué á mostrarle su diploma de bachiller, y vió que marcaba las cinco y media.

—¡Caramba!—exclamó, haciendo una pirueta.

Y tomando el sombrero y el lindo *róten*, con puño de hierro, trabajo de Elgoibar, que había comprado la víspera, se lanzó á la puerta, tirando estocadas al aire, para probar la flexibilidad de la caña.

Detúvose en la mitad de la escalera, dióse una palmada en la frente, y volvió á subir de dos en dos y de tres en tres los escalones.....

Habíansele olvidado dos cosas: la peseta en cuartos que para socorrer á los pobres llevaba siempre, y tomar agua bendita en la concha de nacar que pendía á la cabecera de su cama.

Era el 27 de mayo, víspera de la Ascensión, y Gabriel iba, como todas las tardes, al Sagrario de la Catedral, donde celebraban las *Flores de Mayo;* poético nombre que en algunas partes suelen darse á los solemnes cultos tributados á la Vírgen sin mancilla, durante ese mes que llaman por excelencia el *Mes de María*

Pero ántes de dirigirse á la Catedral, quiso Gabriel dar un par de vueltas por la calle de las Sierpes, jardin de sus delicias, más agradable á sus ojos que los laberintos de Hyde-Park, el bosque de Boulogne, ó los jardines colgantes de Babilonia. Y no era lo que atraía á Gabriel hàcia aquel gran centro del movimiento y del comercio sevillano, la contínua muchedumbre de gente que día y noche afluye á la famosa calle por todas sus transversales, como por todas las venas refluye al corazón la sangre; ni el fresco y perfumado ambiente que mantienen allí en el verano los toldos que dan sombra al transeunte, y los puestos de flores y macetas que por todos los rincones se encuentran, embalsamando la atmósfera. Lo que atraía la atención de Gabriel, lo que formaba el mayor de sus entretenimientos, y le hacía cruzar las calles de arriba abajo, eran.....los escaparales de las tiendas. Aquellos inmensos mostruarios de todo lo superfluo, porque lo necesario no necesita exhibirse;

aquellos brillantes reclamos dirigidos al bolsillo, por el lujo, la vanidad, el vicio mismo, absorbian la atención de Gabriel horas y horas, y no faltaba día sin que inspeccionase todos aquellos tesoros de la industria y del arte, que se figuraba de su propiedad exclusiva, y puesto allí únicamente para sencilla diversión y honesto entretenimiento.

Mil veces había ya escogido, desechado y vuelto á eligir los regalos que por vacaciones pensaba llevar á su madre, á sus hermanos, á su abuela, à los criados mismos, y aquella tarde, en la tienda esquina á la calle de Gallegos, donde es fama que tuvo la suya de velones, el famoso sevillano D. Manolito Gazquez, honra y prez de los embusteros andaluces, acababa de encontrar un objeto que le había hecho prorrumpir en exclamaciones de admiración y gestos de entusiasmo. Era un muñeco de movimiento, en que el artista había querido personificar las vaporosas creaciones del *Bú, el Cancan, el Coco, el Carlanco,* y demás auxiliares de madres y nodrizas, que llenan las imaginaciones de los niños Representaba á un viejo de fisonomía espantosa, enormes espejuejos y capacidad torácica inconmensurable, sentado en una butaca: entre sus piernas abiertas sostenía un saco lleno de niños blancos y rubios, que por un oculto mecanismo iba pinchando con un tenedor enorme que en su diestra tenía, y abriendo horriblemente la boca, se los tragaba uno á uno, para arrojarlos después por debajo de la butaca. Gabriel

se desternillaba de risa, cada vez que algún mofletudo *bebe*, desaparecia por la boca del muñeco, y pensando en el gozo inmenso que podría proporcionar á Luis, el màs pequeño de sus hermanitos, si le regalaba aquella maravilla, se dispuso á entrar en la tienda, para adquirir el juguete à cualquier precio, por exorbitante que fuera. Pero en el mismo momento, una mano apoyó en su hombro, y una voz alegre, á la vez que bronca, exclamó entre dos ternos mondos y lirondos como los chinarros de un arroyo.

—¡Jinojo, Gabriel!....¿Tu en Sevilla, canastos?....

Gabriel se volvió rojo como una amapola, con las cejas encarnadas y la boca abierta, y vió junto al suyo el rostro de un mozalbete que le abrazaba, moreno, con patillas de *boca de hacha*, peinado el pelo en forma de *chuletas*, atràs el sombrero, y un chicote apagado en los labios. Por el rostro parecía un jitano, por el traje un señorito cursi, y por todo su continente uno de esos estudiantes, que se matriculan en la Universidad, y siguen el curso con un pié en el café y otro en la taberna.

—¡Ola García!—dijo al fin Gabriel con su cándida sonrisa, procurando zafarse de aquellos brazos que le estrechaban con riesgo de hundirle una costilla. Pero García tenía en cuenta aquello de, tanto te quiero como te aprieto, y siguió zamarreando à Gabriel con grande alborozo, dándole puñadas en la espal-

da, y gritando en estilo algo más enérgico del que en sus labios ponemos.

—¡Qué sorpresa, jinojo!....—¿Pero cuàndo has venido, tunante?....

—Desde primeros de mes estoy en Sevilla, —contestó Gabriel, poniendo ambas manos en los hombros de García, por ver si lograba despegàrselo en parte

—¿Y qué, canastos, vienes á hacer en Sevilla, jinojo?....

—Pues á examinarme,—contestó Gabriel. He estudiado privadamente en casa, y vine á cursar en la Universidad el mes de mayo, hasta que llegue el exàmen.

—¡Bien, jonojo!....¡Caramba, Gabrielillo, cuànto me alegro de verte!.....¿Pero dónde, demonios te metes, que hasta ahora no te he visto el pelo, canastos?...

—¡Pues en la Universidad, y en paseo, y en la casa, y en la calle, y...

Gabriel iba á decir inocentemente que en la Iglesia, pero una tocesilla inesperada le cortó la palabra, y poniéndose un poco colorado, preguntó:

—¿Tú no vas a la Universidad?...Nunca te he visto..

—Por el motin de enero estuve dos dias, por ver si le rompia el hocico al cara de mona del catedrático que me colgó dos veces.

Gabriel abrió espantado los ojos, y no ocurriéndosele otra cosa que decir, dijo:

—¡Qué cosa tienes!...

—¡Pues asi soy yo, jinojo!...A dinero me ganarà cualquiera, pero á bruto no me gana nadie, y el que me la hace, me la paga...—¡Qué canastos!—hay que saber vivir, y aquí se pasa bien si uno lo entiende. Ya verás, charrán (añadiò volviendo á darle puñadas); ya veràs cómo yo te adiestro, y te diviertes en cuanto tomes terreno con tres ó cuatro *barbianes*..... ¿Dónde ibas ahora, tunante?...

Gabriel se puso de nuevo colorado como un tomate, y mirando á todas partes, como quien busca la huida, dijo:

—¡Psche!...á ninguna parte...Hacia hora, para irme á estudiar...

—¡Deja que los libros se vayan al cuerno, canastos!—contestó García rodeándole el brazo al cuello...Anda, vente conmigo á Tabladas, á ver el ganado de mañana.

—¿Pero hay mañana toros?—preguntó Gabriel.

—¿Pues dónde vives tú, jinojo?...Lagartijo y Frascuelo matan, y los toros son de Saltillo...Anda, vámonos á Tabladas...

Y al decir esto, arrastraba á Gabriel, medio sofocado por su brazo, hàcia la plaza de San Francisco.

—¡No puedo, hombre...no puedo!...—decia Gabriel procurando zafarse, tengo que estudiar...

—¡Déjate de libros, canastos!...—que ya estudiaron bastante Justiniano y Triboniano para jorobar al pròjimo... ¡Que no los mataran las viruelas cuando chiquitos!...Anda, jinojo, vamos; que á las ocho estaremos de vuelta.

Gabriel habia logrado por fin desasirse de su amigo, y en ademan de marcharse, decia brotàndole fuego la cara, y casi lágrimas los ojos:

—No puedo, hombre, no puedo... Te digo no puedo.

—Pero, jinojo,—exclamó García deteniéndole por los faldones de la levita. ¿Tienes miedo de que te enganche un bicho por el *futraque*...ó es que tienes á ménos vivir conmigo?...

—¡No, hombre, no!—exclamó Gabriel cada vez más apurado. Si lo tomas por ahi, me obligarás á que vaya.

—¡Pues claro está que por ahí lo tomo, canastos!...Cuando así desaira á un amigo, ¡jinojo! por algo se hace ¡canastos!...

—¡Pues si has de tomarlo á desaire, vamos allá!—Dijo Gabriel bajando la cabeza.

Y mohino, contrariado, furioso consigo mismo y tambien con Garcia, siguió á éste, sosteniendo en su interior uno de esos diálogos que tan á menudo entabla la pasion, con esa otra voz misteriosa, que suena dentro del hombre, tan clara, tan inflexible, tan burlona, tan cruel á veces y siempre tan justa!...

—Preciso será que vaya,—decia Gabriel. ¿Qué dirá este animal si no voy?...¿Que soy un gallina ó que soy un orgulloso...

Y la voz misteriosa le respondia con cierto tonillo irónico.

—En cambio de lo que ese animal diga, tu

buena, tu santa madre, dirá que eres un valiente, que eres un buen estudiante.

—Y después de todo,—proseguía Gabriel, haciéndose el sordo, nada malo hay en ir á Tabladas.

—Nada,—replicaba la voz: absolutamente nada.....Pero no irás en mes de María.

—¡Ah! es que el mes de María no es obligatorio, ni mucho ménos....Y por una tarde que falte, ya podré hacerlo luégo en casa, y no pierdo la indulgencia.....

Gabriel tenía razon en estricta justicia, y la voz calló: pero calló suspirando.

Dirigiéronse, pues, los dos amigos á la plaza de San Francisco, para tomar un coche de punto que los llevase á Tabladas, la famosa pradera donde se ponen de manifiesto los toros que han de lidiarse, para que desde el dia ántes puedan los aficionados examinarlos agusto. Gabriel quiso tomar un coche cerrado; pero García prefirió uno abierto, de esos que llaman *victorias*, y el vehículo comenzó á rodar, sonando à hierro viejo, camino del campo de Tabladas, y pasando ántes por la Catedral Hallábase abierta la gran puerta árabe del patio de los naranjos, y en el fondo se distinguia á la izquierda, en su retablo, el Ecce-Homo que llaman del Perdon, con su manto de púrpura, su corona de espinas, su caña en la mano, su cabeza baja, humilde, paciente....

Gabriel se llevó la mano al sombrero para descubrirse; pero en el mismo momento soltó García una risotada, y señalándole la colosal